

Tras la navidad

Hay que volver al trabajo el martes. No hay otro día más duro en todo el curso. Las clases están frías, las neuronas de los alumnos y las propias también, el frío está presente en todo. La Navidad termina y es como si la crudeza del invierno nos asaltara de sopetón, como si hubiera estado agazapada detrás de las fiestas para dejarse ver ahora con toda su crudeza. Las luces de navidad que aún quedan en las calles me parecen desangeladas, pobres, tristísimas. Es enero. Tiempo de reclusión.

Orión ya duerme sobre el horizonte de levante a la puesta del sol. Indica que la primavera no tardará, que ya está el aviso dado para su puesta en marcha, pero los almendros, punta de lanza del renacer, están todavía profundamente dormidos. Quizá no tarden más de 20 o 25 días en sonarles el despertador que su naturaleza esconde. Los almendros, siempre valientes, ponen la primera pica de una primavera incierta aún, en el vasto dominio del invierno. Pero para eso hay que esperar, y no sé hacerlo de mejor manera que pegado al brasero, con los libros y el cuaderno debajo del flexo, y en los momentos en que hay que apartarlo todo para poner el mantel, no olvidar ni las aceitunas, ni el queso, ni el rioja.

A. G^a Santiago